

No comeré gallinas Africanas,
 Ni me será más grato
 El Jonio Francolín, que olivas sanas
 Que del ramo arrebató,
 Malva medicinal, ó la acedera
 Del prado enamorada,
 Ni más que la cordera
 En las fiestas del Término matada,
 O que el cabrito al lobo arrebatado.
 ¡Qué grato, así comiendo,
 Ver retornar con paso apresurado
 Las ovejas ahitas,
 Y la cansada yunta al tardo cuello
 Con la reja volcada;
 Y de esclavillos en enjambre bello
 La casa rodeada!
 Rústico para hacerse el usurero
 Alfio habló de este modo,
 Y recogió en las Idus su dinero
 Y en las Calendas le buscó acomodo.

TRADUCCIONES DE ANACROENTE.

ODA V. ELOGIO DE LA ROSA.

Rosa de los Amores mezclaremos
 A Lieo, y, las pompas de ella hojosas
 Ajustando á las sienes ardorosas,
 Entre risas dulzura beberemos.
 Y de rosas el vino enguirnaldemos.

Amor de Primavera son las rosas,
 Y á las deidades del Olimpo hermosas
 Entre los dones preferirlas vemos.
 Sus bucles tiernecicos entrelaza
 El niño de Citeres de esas flores
 Cuando á las Gracias en el baile enlaza.
 Con la de veste y talle onduladores
 Danzaré, Baco, en tu sagrada plaza
 Entre hilos de rosa tembladores.

ODA VI. EL FESTIN.

Compuesta nuestra sien con rosa tanta,
 Dulce Baco bebamos sonriendo,
 Mientras el son de su laúd siguiendo
 Danza la joven de florida planta.
 Ella en sus manos al girar levanta
 El bordón Bacanteo, que, torciendo
 Sus zarcillos de hiedra, suave estruendo
 Hace en el aire y el sentido encanta.
 Adolescente blondo la compite
 Labios de olor, la cítara menea
 Y voz divina por el aura emite.
 Y amor de crencha de oro y Citerea
 Y Baco hermoso llegan al convite,
 Que á la festiva ancianidad recrea.

ODA VI. LA PRUEBA DE AMOR.

Con una vara enrojecida, ardiente
 Amor cruel forzome á que corriera
 Con él parejo ya por sima fiera,
 Ya sobre la aspereza de un torrente;
 Ya por selvas me arrastra el inclemente;
 Y, así vertiginosa la carrera,
 Mi corazón sus vuelcos acelera
 Y al fin se paraliza de repente.
 Viéndome fatigado y anheloso
 Con la su ala muelle el gran tirano
 La cabeza me azota desdeñoso;
 Y me dice terrible y soberano,
 Mirándome con aire rigoroso:
 "Tú no puedes amar; débil humano."

ODA IX. LA PALOMA.

—Paloma, ¿de do vienes? hechicera,
 ¿De do el perfume de tu ala anciano,
 Que se esparce y rocía el aire vano?
 ¿Quién eres, dime y á do vas ligera?
 —Me manda Anacreón por mensajera
 A Batilo, de pechos hoy tirano;
 Por unos cuantos versos del Teyano
 Ya me cambió la diosa de Citera.
 El pronto á darme libertad aspira,
 Mas yo rehuyo de vivir errante:
 Cómo en sus dedos pan, que olor aspira,

Bebo en su copa y con mi ala amante
 Le acaricio en la cien, duermo en su lira....
 ¡Adiós! ¡violé el secreto! caminante.

ODA XVII. LA COPA DE PLATA.

Diestro Vulcano, de copella plata
 [No brillantado arnés ¡que soy guerrero!]
 Sino una copa me cinceles quiero,
 Para muchos, asaz profunda y lata.
 No en torno esculpas de Orión ingrata
 La cifra, ni de astros el reguero,
 ¿Qué me importa la estrella del Boyero?
 Ni el grupo de Cabrillas me arrebatá.
 Vid, racimos, Bacantes vendimiando
 Con sagrado furor abulta en ella,
 Y de mosto un lagar, brillo oleando.
 Y niela á Baco en oro, que destella,
 Y amor risueño la vendimia hollando
 De mi Batilo con la imagen bella.

ODA XX. A SU AMADA.

Que golondrina Filomena un día
 Dicen y Niobe mármol se hiciera:
 Así tornarme espejo yo quisiera.
 Y la luz de tus ojos me vería.
 Así contigo sin cesar iría

Si tu ropa olorosa me volviera ;
 Y ser, ¡oh dulce niña, me placiera
 Por circuir tus gracias, onda fría.
 ¡Fuera yo mirra que en esencia tanta
 Unge de tus facciones el decoro,
 O la perla, que juega en tu garganta!
 ¡Fuera yo de tu seno cinta de oro,
 Y hasta coturno de tu nivea planta
 Para que así me hollase el pie, que adoro.

ODA XXVII. LA EFIGIE DE SU AMOR.

Rodio pintor, que alientan tus pinceles,
 Hazme el retrato de mi ausente amada:
 Suave cabello oscuro la modelos,
 Que hale, si es dado, esencia regalada;
 La frente de marfil so los caireles
 De la cerúlea crencha, acordonada
 La ceja, en fin, cual su blancura pide,
 Tenue sombra en sus párpados anide;
 Fuego al mirar, los oos, porque anhelo,
 Cual de Venus en gracia humedecidos,
 Cual los de Atene de color de cielo;
 Su tez con rosa y lecho, y haz ungidos
 De amor sus labios; su garganta el vuelo
 De las Gracias circuya en mil sentidos;
 Cubra su cuerpo el peplo purpurino:
 No lo toques. . . va á hablar, pintor divino

ODA XXX. EL AMOR CAUTIVO.

Las Musas, otro tiempo, por ventura
 En las campiñas al Amor ligaron
 Con guirnaldas de flor; y le entregaron
 De esclavillo á su amiga la Hermosura.
 Y Ciprina le extraña, y con presura
 Toma dones, que en mucho se estimaron,
 (Por si acaso á su hijo, cautivaron)
 Vuela á buscar su cándida criatura.
 Ve presto al hijo, que en el alma adora,
 Paga el rescate, y del servil imperio
 Le redimió de su gñtil señora.
 Pero el rapaz se le revela serio,
 Y por quedarse en servidumbre llora,
 Pues que le atrae tan dulce cautiverio.

ODA XL. EL AMOR Y LA ABEJA.

Una abeja en la rosa adormecida
 No vió el Amor y sin cuidarse de ella
 Coge la flor, y pñnzale al cogella
 Y el niño exhala queja adolorida.
 Bate las manos, y en beloz huida
 Vuela el rapaz hasta su madre bella,
 Y le dice con lánguida querella:
 —“Madre, me muero, madre de mi vida.
 “Sierpecita con alas ¡ay! qué espanto)

“A quien llaman abeja las mujeres
 “Del campo, ha sido causa á mi quebranto.”
 —“ Oh mi vida, respóndele Citeres —
 “ Si el aguijón de abeja duela tanto,
 “¿Qué dolor causarás cuando tú hieres?”

LA MUERTE DE DAFNIS.

(Fragmento de Teócrito.)

Ha muerto el albo Dafnis, amaestrado
 En modular la pastoril avena,
 Cuya canción, cuya pastora suena
 El alta peña y el extenso prado.
 Antes devoto á Pan ha dedicado
 Ya moribundo y con acerba pena
 Su siringa de cañas dulce y buena
 Y su nudoso natural cayado
 Y su agujada consagro afligido,
 Su piel de ciervo pelinegro y cano
 Colgó del roble cimbrador y erguido,
 De las manzanas y el talego vano,
 En que su amada (y exhaló un gemido)
 Metió furtiva la nevada mano.

Unico fragmento de la Galatea de Bion de Esmirna.

Por el declive de quebrada loma
 Iré con mi tenaz melancolía,
 Cuando dimidie el perezoso día,
 Oyendo el querellar de la paloma.

Contra la arena refulgente doma
 La mar al frente su furor bravía,
 Cuán solo estoy en la desdicha mía!
 Y ni una ninfa en lontananza asoma.
 Iré sin paz; la fístula tocando
 Y, aunque no salga ¡ingrata! la inclemente,
 A Galatea con afán llamando.
 Las dulces esperanzas del viviente,
 Su nívea planta en sueños apoyando,
 Duran aún en la vejez doliente.

LA OLIMPICA VII. DE PINDARO.

A Diágoras de Rodas, Púgil.

Suele algún noble anciano
 Luego tomar en opulenta mano
 La copa, en que de uvas el rocío
 Oculto y rumoroso está bullendo;
 Por las familias circular haciendo
 La joya toda de oro,
 Presea de su espléndido tesoro,
 A brindar por su yerno los obliga,
 Así á la Gracia del festín honrando
 Y á su nuevo pariente:
 Y con él al mostrarse complaciente
 En sus tiernos amigos va aguzando
 La envidia por el tálamo luciente.
 De igual modo escanciado
 Yo el néctar fluido (de las Musas dones
 A laureados varones)

Consagro el dulce fruto de mi alma
 A los que ganan vencedora palma
 En Olimpia ó Pitona.
 ¡Feliz á quien la Fama es su corona!
 Pero la alma Gracia vuelve un día
 A este sus ojos, al de allá mañana,
 De cítara canora
 Ya al són, ó de la flauta vibradora,
 Entrambas alternando
 Hoy descende con Diágoras, cantando
 A la marina Rodas,
 Niña de Venus y del sol la ninfa.
 Y diestra combatiente,
 Para ensalzar al que ciñó á su frente
 Cabe el Alfeo y la Castalia linfa
 Titánico y discreto
 El lauro de los púgiles luciente,
 Y también á su padre Damageto,
 De la Justicia amigo,
 Ambos que habitan con Argiva tropa
 Cerca de Embolo, que en la mar se arropa,
 La isla de tres ciudades
 Del Asia entre las vastas heredades.
 Para cantar su gloria
 Hoy de los dos tejiendo yo la historia,
 De Heracles atletas descendientes.
 Quiero ir desde su estirpe hasta el extremo,
 Ascendiendo á su troneo Tlepolemo.
 Por la línea paterna
 De Jove descender ellos blasonan
 Y Amintóridas ser por la materna,
 Hijos de Astidamia se pregonan.
 Sin número de engaños
 Del hombre en torno á los consejos penden,

No hay fuerza de entreverlos
 Y el bien mayor sería conocerlos
 Al principio cual tarde se comprenden:
 Así al bastardo hermano
 De Alemania al gran Licimnio, (que salía
 Del tálamo culpable de Midea)
 Hiriéndole inhumano
 Mató en Tirinto un día
 Con su bordón de endurecido olivo,
 De negra ira esquivo
 El fundador de aquesta dinastía
 ¡Ofuscan las pasiones
 Aun del sabio la mente esclarecida!
 Pero después y con zozobra oculta
 Al Dios el homicida
 Acude y al Oráculo consulta.
 Entonces el Numen de cabellos de oro
 Dice desde el sagrario perfumado
 Que con bajeles, hombres y tesoro
 Navegue apresurado
 De la playa Lernea
 A la comarca, que la mar rodea,
 O otro tiempo el gran rey de las deidades
 Roció de copas de oro
 La tierra cuando, herido con destreza
 Con el hacha de cobre de Vuleano,
 Saliendo de la espléndida cabeza
 Del Padre soberano
 Lanzó Minerva grito portentoso,
 Que hizo cual son de guerra
 Temblar al Cielo y á la madre Tierra.
 Luego el genio, que alumbrá á los mortales,
 Vástago de Hiperión, mandó á sus hijos
 Amados y leales

Que se obliguen por años bien prolijos
A la diosa y la erijan los primeros
Público altar y haciendo placenteros
Solemne sacrificio.

El ánimo inmortal vuelvan propicio
Del padre y la celeste jovencica.
Que hace crugir intrépida la pica.

Llevando el hombre previsión obtiene,
La virtud y el placer que la acompaña;
Mas acaso impensada sobreviene
Una niebla de olvido,
Que retira del ánimo, que empaña,
El camino derecho en las acciones.
Por esto sin llevar los campeones
El germen de llama refulgente
Al alta ciudadela caminaron;
Mas su olvido culpable allí notaron,
Y do hacer á la diosa prepotente
Sacrificio sin lumbré

Una ensenada forman en la cumbre.
Jove, en verdad porque sus hosijas ama,
Blonda nube sobre ellos desparrama,
Que oro llueve copiosa
Sobre los Rodios; y la zarca diosa
Imperar les concede
Con muy hábiles manos
En cuantas artes usen los humanos.
Su gloria entonces á ninguna cede;
Sus calzadas ostentan
Estatuas que parecen animadas
Y moverse por puntos aparentan.
Agrada mucho más al que es prudente
El arte natural sencilla y pura
Que hace vida expirar á la escultura

Sin artificio vano y refulgente.

De los hombres las viejas narraciones,
Cuando Jove y los otros inmortales
Se partieron del mundo las regiones,
Rodas [dicen] aun no aparecía
Del Ponto en los cristales
Y en las ondas saladas se escondía.
Faltaba entre las suertes figurase
La del ausente Sol; y el numen bueno
Quedóse sin un palmo de terreno.
Y como él en tornando reclamase,
Estaba á punto Júpiter sereno
De hacer al cabo el repartir segundo;
No lo permite Apolo,
Y le pide, tan sólo
La tierra, que del mar en lo profundo
El mira levantarse
Para los hombres tierra exuberante,
Que será con los años
Y feliz nutridora de rebaños.

Y á Laquesis severa,
Que en redecilla de oro
Recoge su divina cabellera,
Con ademán ordénala, al momento
Las manos extender asegurando
De los dioses el grande juramento,
Y ella con el Saturnio venerando
Selle que en lo futuro
La isla, que se le dona
Y salga al aire luminoso y puro,
Será de su cabeza la corona.
En la verdad cayeron
Las supremas palabras, se cumplieron;
Y de la húmeda sal nació la isla.

Que el Padre rige luego,
 Engendrador de los lucientes rayos,
 Rey de corceles. que resuellan fuego.
 En la ninfa de Rodas
 Siete jóvenes gayos
 Engendra el dios, que entre las almas todas
 De aquellos aborígenes de Rodas
 Brillaron por su sabia inteligencia,
 De su almo padre celestial herencia.
 De Yaliso, el mayor, fué padre el uno,
 De Lindo y de Camero,
 Que al fin se separaron
 Partiéndose las patrias heredades,
 Y marcando el solar de tres ciudades,
 Que los nombres eternos conservaron
 De aquellos sus ilustres fundadores,
 Que en ellas sus viviendas asentaron.
 Y Tlepolemo, el jefe desdichado
 De los Tirintios, como numen fuerte
 Se mira celebrado
 Allí mismo, por dulce recompensa
 De su funesta suerte
 Con hecatombe, que á los aires vierte
 Olor de grasa en humareda densa.
 Deciden en su honor allí los jueces
 Del certamen triunfal, en cuyas flores
 Se ha coronado Diágoras dos veces,
 Que cuatro ciñe ramos triunfadores
 En las famosas Istmicas arenas,
 Y que en Nemea se vistió de gloria
 De una y otra victoria,
 Como también en la ríscosa Atenas.
 Y del triunfo los bronceos ha ganado
 En Argos y artefactos inmortales

En Tebas y en Arcadia conquistado.
 Beocia en sus certámenes legales
 Le adornó vencedor; de Egina clara
 Y Pelana seis veces ha vencido;
 Ni por otra razón allá en Megara
 La columna de piedra se ha erigido.

Ahora tú, padre Jove, que dominas
 Del hervoso Atavirio en los lugares,
 Honra el destino y ley de mis cantares,
 Y al vencedor olímpico, que hallara
 El laurel de los púgiles virtuoso,
 Concédele la gracia de que sea
 Entre propios y extraños celebrado,
 Pues un camino recto asendereara
 De vileza, señor, immaculado,
 Realizando ahora
 Cuanto la mente justa y soñadora
 De sus padres un día
 En su tierna niñez le predecía.

No eclipses, Jove, á la gentil familia
 Que del claro linaje ha descendido
 Del viejo Calianacte con las Gracias
 De los fuertes Erátidas unido.
 Tiene grata y radiante
 Hoy la ciudad festines y concentos;
 Pero ¡ay! que en un instante
 Ahuyentan á las auras otros vientos.
